Con todo, me regocijaré en el Señor

Un sermón de George Müller de Bristol

"Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides; aunque se acabe el fruto del olivo, y los campos no den alimento; aunque las ovejas sean quitadas del redil, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me gozaré en el Señor, me alegraré en el Dios de mi salvación. El Señor Dios es mi fortaleza, y Él hará mis pies como los de las ciervas, y Él me hará caminar sobre mis lugares altos. Al cantor principal de mis instrumentos de cuerda (Habacuc 3:17-19)

En el primer versículo se nos presenta ante nosotros no meramente la pérdida de una cosa, o de cualquier otra, sino la pérdida, por parte del judío, de todo, porque estaban en un país agrícola hablando en general; y el profeta Habacuc dice acerca de sí mismo: "Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides; aunque se acabe el fruto del olivo, y los campos no den alimento; aunque las ovejas sean quitadas del redil, y no haya vacas en los corrales, con todo me gozaré en el Señor, me alegraré en el Dios de mi salvación". Ahora bien, esta es la pregunta grande y profundamente importante: ¿Qué es lo que llevó a este hombre de Dios a la decisión de que, aunque lo perdiera todo, aunque fuera reducido a un estado de la mayor pobreza, dificultad y aflicción, no obstante se regocijaría en Jehová? ¿Qué fue lo que lo llevó a esto? ¡Fue que el Dios vivo se ha dado a sí mismo a cada uno de sus hijos como su porción! Él se ha dado a sí mismo a cada uno de sus hijos, para que cuando todo lo que pierdan, en cuanto a las cosas relacionadas con esta vida, aún les quede Dios; en otras palabras, su TODO se les queda a ellos. No son, y nunca podrán serlo real y verdaderamente, perdedores de nada que valga algo, porque Dios permanece.

Él se da a sí mismo a cada uno de sus hijos, a los más débiles, a los más endebles, a los menos instruidos entre ellos, como su porción; por lo tanto, teniéndolo a Él, tienen todo lo que pueden desear. Dios permanece para ellos; Él se da a sí mismo a sus hijos, de una vez por todas; tienen, de una vez por todas, bendición para hacerlos felices; ellos tienen, de una vez por todas, bondad, misericordia y gracia otorgadas a ellos, suficientes para toda su peregrinación terrenal, y para toda la eternidad. Oh amados en Cristo, y oh amados que aún no son creyentes en Cristo, busquemos todos, real y verdaderamente, entrar en lo que es tener a Dios, y lo que significa que Dios se da a nosotros. Dos versículos del Salmo 73 y muchas porciones similares podrían ser útiles, pero creo que estos dos versículos servirán: "¿A quién tengo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen". El salmista se supone a sí mismo como llevado al final de su peregrinaje terrenal, llevado al punto de la muerte. "MI carne y mi corazón desfallecen, pero Dios es la fortaleza de mi corazón, y mi porción para siempre". Dios había sido su porción en la vida, y ahora que estaba pasando del tiempo a la eternidad, Dios sigue siendo su porción. No solo por unos pocos años, o por unos pocos cientos de años, sino que Dios permanece fiel para siempre a su pueblo. Si esto entrara en nosotros, ¡qué personas felices seríamos! ¡Oh, si solo nos aferráramos por fe y nos diéramos cuenta, qué paz y gozo en el Espíritu Santo tendríamos! ¡Deberíamos tenerlo, no solo de vez en cuando,

no solo con frecuencia, sino habitualmente! ¡Oh, cuán sumamente precioso! Dios se da a sí mismo, y con todo lo que Él es y tiene, a los más débiles y endebles de sus hijos. ¡Oh, cuán precioso, sumamente precioso!

Y el profeta Habacuc penetró en ello, y fue precisamente esto lo que le hizo tan feliz. Aunque perdiera todo lo que este mundo pudiera darle, aun así se regocijaría en Jehová. "Con todo, me regocijaré en el Señor" - significa Jehová - "Me alegraré en el Dios de mi salvación". Ahora, meditemos un poco más minuciosamente lo que tenemos aquí, lo que recibimos de Dios como pobres pecadores, confiando en el Señor Jesucristo; y lo que otros pobres pecadores podrían tener si tan solo estuvieran dispuestos a saber lo que Dios está dispuesto a dar a aquellos que vienen a Él a través de Jesucristo. En primer lugar, nos abre los ojos y nos muestra la condición perdida y arruinada en que nos encontramos por naturaleza; manifiesta nuestra completa oscuridad espiritual e ignorancia. Él nos muestra además que no podemos salvarnos a nosotros mismos, que la salvación depende enteramente de Él, a través del don de su Hijo Unigénito, cuya obediencia perfecta hasta la muerte Él acepta en nuestro lugar. Ahora bien, todo esto está en primer lugar para ser visto, para ser aprehendido, para ser asido por la fe, a fin de que, siendo abiertos nuestros ojos, tengamos un principio de paz y gozo. Además, en lo que se refiere a esta vida presente, obtenemos de inmediato, por medio de la fe en el Señor Jesús, el perdón total de nuestras innumerables transgresiones. Somos aceptos en el amado, en Jesucristo, y tratados como justos, aunque en nosotros mismos somos injustos e inicuos. Así aceptados en el amado, y tratados como justificados, aceptados en el amado y tratados como perdonados, no se mencionará una sola transgresión más contra nosotros. ¡Todo, todo está perdonado! Entrando en ello, oh, qué paz da al alma; penetrando en ello cada vez más trae alegría en Dios; el corazón está lleno de gratitud hacia Él por lo que ha hecho por nosotros en Jesucristo.

Pero lo que he mencionado no es todo. Nosotros así naciendo de nuevo, regenerados, obtenemos vida espiritual; mientras que antes estábamos muertos en nuestros delitos y pecados. Ahora bien, por la fe en el Señor Jesucristo, obtenemos la vida espiritual; que es la vida eterna. El comienzo de esta vida eterna se hace cuando somos llevados a creer en Jesús, y esta vida espiritual continúa, esta vida espiritual dura, cuando la vida natural llega a su fin, cuando pasamos del tiempo a la Eternidad. Esta es otra bendición. Entonces somos ahora, a través de esta fe en el Señor Jesucristo, hijos de Dios no meramente de nombre, sino en realidad. Hemos obtenido la vida espiritual. Nacemos de nuevo por el poder del Espíritu Santo de Dios. Somos real y verdaderamente hijos de Dios, y como tales somos real y verdaderamente herederos de Dios, y coherederos con el Señor Jesucristo; y así tenemos todo lo que podríamos desear. Somos infinitamente ricos como hijos de Dios, como herederos de Dios, como coherederos con el Señor Jesús, porque participamos de todas las cosas que el Padre le da, como recompensa por su obra mediadora en la tierra. Así no solo nos hacemos infinitamente ricos, sino que somos infinitamente honrados, porque compartimos el honor que el Padre otorga a su Hijo unigénito como recompensa por su gran obra. ¡Oh, qué abundante razón, por lo tanto, tenemos para regocijarnos en el Señor, en Jehová!

Estando en este estado, cualesquiera que sean nuestras dificultades, nuestras pruebas, nuestras necesidades, podemos obtener la ayuda a Dios, porque somos los hijos a

quienes Él ama con un amor eterno e inmutable, los hijos que son tan queridos en su corazón que son preciosos a sus ojos, y amados por Él como Él ama a su Hijo Unigénito, porque pertenecen a Cristo, son miembros de ese cuerpo místico del cual Él es la Cabeza. ¿Qué, por lo tanto, es posible que deseen que no puedan recibir? Su Dios y Padre en Cristo Jesús está dispuesto a impartir a cada uno de ellos, incluso a los más débiles y endebles entre ellos, toda bendición que realmente sea una bendición para ellos, todo lo que realmente sea para su bien y provecho y, por lo tanto, para la gloria de Dios. En medio de pruebas y tentaciones, dolorosas tentaciones, grandes ataques de Satanás, podemos acercarnos a Él, en nuestra total debilidad, impotencia y nulidad, y pedirle que pelee nuestras batallas por nosotros, que nos ayude, que esté a nuestro lado para reprender al maligno, y para echarlo de nosotros. Todo esto se deleita en hacer nuestro Padre Celestial, porque nos ama tan tiernamente. Él nos ama con un amor eterno e inmutable. Él nos ama como ama a su Hijo unigénito. ¡Oh, qué precioso es todo esto!

Ahora notad además el título que se le da a Dios. Se le llama en el versículo 18, "El Dios de mi salvación". Él es el Dios de la salvación; pero la preciosidad de la declaración radica en esto, que lo hemos experimentado nosotros mismos de esta manera, y somos capaces de decir: "El Dios de mi salvación". ¡Ese es solo el lenguaje de mi corazón! Ahora, ¿cuántos de nosotros somos capaces de decir esto? Digo: "Él es el Dios de mi salvación". Me glorío en Él, me regocijo en Él, porque, por la gracia de Dios, estoy tan seguro que iré al Cielo como si ya estuviera allí. Por eso digo: "Él es el Dios de mi salvación". Y hay muchos aquí presentes que, como yo, pueden decir y contar: "Él es el Dios de mi salvación". Pero si hay alguno aquí que todavía no puede decir esto, no os deis descanso hasta que podáis. En primer lugar, debéis llegar a ver que sois pecadores que necesitan salvación. Si no lo veis, pedidle a Dios que os lo muestre, y como medio para llegar a conocerlo, leed atentamente tres o cuatro veces los primeros tres capítulos de la Epístola de Pablo a los Romanos, y el segundo capítulo de la Epístola de Pablo a los Efesios. Leed estas porciones aplicándolas a vosotros mismos, y si aún no veis que sois pecadores que necesitáis un Salvador, leed nuevamente estas mismas porciones y pedidle a Dios que os abra los ojos. Entonces, cuando veáis lo que contiene, pedidle a Dios que os ayude a poner vuestra confianza en Jesús para la salvación , porque Él cumplió la ley de Dios en nuestro lugar y, por lo tanto, nos hace libres, y Él llevó el castigo que merecíamos en nuestro lugar.

Cuando somos capaces de aprehender esto, ya no tememos a Dios; ya no tememos a Dios, sino que lo vemos como nuestro Padre, como nuestro Amigo, como nuestro Consolador que nos amó en Cristo Jesús. Pero si todavía no tenemos paz en nuestras almas, sigamos pidiéndole a Dios que, por el poder de su Espíritu Santo, podamos comprender con más sentimiento y verdad la obra de Cristo, y penetrar en ella para que podamos tener esa plena paz y gozo, que Dios se deleita en dar a cada uno de sus hijos. "Aunque la higuera no florezca, ni haya fruto en las vides; aunque se acabe el fruto del olivo, y los campos no den alimento; aunque las ovejas sean quitadas del redil, y no haya vacas en los corrales; con todo yo me gozaré en el Señor, me alegraré en el Dios de mi salvación". ¡Oh, si alguno de vosotros sabe esto, cuán grandemente bendecido es! ¡Oh, si todos aquí supieran esto, qué estímulo sería para los pecadores que aún no han obtenido esta paz y alegría en Dios!

Ahora llegamos al último versículo: “El Señor Dios es mi fuerza, y hará mis pies como de cierva, y hará mis pies como de cierva, y me hará andar sobre mis alturas”. “Señor Dios”, eso es Jehová, porque sabéis que cada vez que tenemos la palabra “Señor” impresa en caracteres grandes, invariablemente significa esto, “Jehová” - “es mi fuerza”. ¿Era débil físicamente? ¡Dios podría fortalecerlo, porque Él era su fuerza! ¿Era débil espiritualmente, en medio de tentaciones, grandes y variadas y muchas, y de un carácter duradero? Jehová era su fortaleza; por lo tanto, ¿qué podría faltarle? ¿Era pobre de alguna manera? ¿Necesitaba algo para la vida que ahora es? ¿O, para sí mismo, o para su familia, o bajo cualquier circunstancia, requirió algo que fuera para la gloria de Dios? ¡Dios pudo y quiso comunicárselo! Ahora bien, eso es precisamente lo que tenemos que asir, que Jehová es la fortaleza de sus hijos física, mental y espiritualmente; y esto no de vez en cuando, sino en todo momento y bajo todas las circunstancias, por grande que sea el poder de nuestros adversarios espirituales, y por terriblemente que nos ataquen para vencernos, “Dios es mi fuerza, y Él hará mis pies como de ciervas, y sobre mis alturas me hará andar”. Los pies como un corzo, un animal salvaje corriendo. ¿Para qué? ¡Para actuar según la mente de Dios! Eso, creo, es lo que se quiere decir particularmente aquí con las palabras: “Él hará mis pies como los de las ciervas”. ¡No para lograr nuestros propios propósitos, no para divertirnos, sino para actuar de acuerdo con la mente de Dios! Se nos presentó la voluntad de Dios, e instantáneamente y con la mayor presteza se actuó en consecuencia; por lo tanto, las palabras “pies de cierva” significan que no se hace ninguna demora, sino que inmediatamente se lleva a cabo la voluntad de Dios.

Luego otro punto. “Él me hará caminar sobre mis alturas”. El corazón del profeta Habacuc estaba en el cielo, y miró hacia abajo, a las cosas de aquí abajo, y el estado en que se encontraba. ¡Oh, entendamos esto, que aunque somos pobres pecadores, estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales! Que, por lo tanto, debemos tratar todos los asuntos humanos como aquellos que están sentados en el Cielo en Cristo Jesús, y mirar desde el Cielo, por así decirlo, a los asuntos terrenales de aquí abajo, pobres, débiles, endebles, y juzgar sobre ellos como aquellos que ya están en la gloria, que ya están en el Cielo.

Ahora, si uno u otro dice: “Pero todavía estoy en el cuerpo; encuentro dificultad para pensar, juzgar y actuar”, mi respuesta es: “Yo también, pero la gracia de Dios puede traernos a este estado”.

“Él me hará andar sobre mis alturas”. Estos lugares altos son aquellos en los que su corazón está fijo, y esto es justo lo que debemos tener individualmente: el corazón en el Cielo. Mientras estemos en el cuerpo, debemos atender los asuntos de esta vida; Dios no quiere que abandonemos nuestras ocupaciones terrenales debido a las dificultades relacionadas con estas cosas. Pero aún debemos permanecer en la posición a la que Dios nos ha traído, penetrando en la vida espiritual que nos ha sido dada, recordando que esta vida espiritual es eterna, que se desarrollará más y más, y que al final llegará a su plenitud y seremos santos, como nuestro Señor Jesucristo fue santo mientras estuvo en la tierra y como siempre lo ha sido desde que ascendió al cielo, y que al mismo tiempo tendremos un cuerpo glorificado, como el señor Jesucristo tenía cuando resucitó de entre los muertos. ¡Estas son las benditas perspectivas del hijo de Dios más débil y frágil!

¡Oh, qué preciosa bendición nos ha otorgado Dios en Cristo Jesús! ¡Oh, a qué llegamos nosotros, pobres miserables pecadores, por la fe en Él! Nuestra gran ocupación, por lo tanto, debe ser, con la sencillez de un niño, reflexionar sobre todas las maravillosas bendiciones que Dios nos ha otorgado a través de Su Hijo, y, con la sencillez de un niño, creer todo lo que Él ha declarado acerca de nosotros como creyentes en el Señor Jesucristo, y en gozosa anticipación esperamos el día en que todo esto se cumpla por completo, cuando ya no caminaremos por fe, sino por vista, teniendo cada una de estas bendiciones en posesión real. Ahora, una palabra más. ¿Hay alguno aquí presente que hasta este momento haya estado irreflexiva y descuidadamente despreocupado por las cosas de Dios? Si es así, ahora os ruego y suplico que ya no seáis así, porque la salvación de vuestras almas, vuestra felicidad aquí y por toda la eternidad, dependen de que recibáis a Cristo. La salvación también se obtiene por la fe en Jesucristo, y Dios está dispuesto a otorgar la bendición a todos y cada uno, por grandes y muchas que sean vuestras transgresiones. Solo reconoced que sois pecadores, que no merecéis más que castigo, y solamente poned vuestra confianza en Jesús, y la bendición será vuestra para siempre.

---

www.george-muller.es

Este sermón se trata de una traducción realizada por www.george-muller.es del documento original proporcionado por The George Muller Charitable Trust, fundación que sigue el trabajo comenzado por George Müller y que actualmente trabajan en Bristol, concretamente en Ashley Down Road, y que se dedica a promover la educación, el cristianismo evangélico y ayudar a los necesitados. Para más información, puedes visitar su web www.mullers.org